

José Luis Redondo

¿Hay salida de la crisis sin crecimiento?

José Luis Redondo es miembro del consejo editorial de
Trasversales

Podíamos pensar que la política de Merkel y de la UE responde a la demanda de una economía sostenible. Desde un punto de vista ecologista hay que afirmar que la economía de los países desarrollados tiene que decrecer. Es la contrapartida para que otros pueblos accedan a condiciones de existencia aceptables. Para poder suprimir el hambre y conseguir unas condiciones mínimas de salud y habitabilidad tienen que tener una economía en crecimiento. La premisa de la que es necesario partir consiste en la limitación de los recursos, lo que es incompatible con un crecimiento continuo de la población y un consumo de energía y materiales siempre creciente. Existe un amplio consenso sobre que ya se ha consumido más de la mitad de las reservas de petróleo, por eso se procede a su extracción en condiciones cada vez más costosas, a grandes profundidades y zonas árticas o de forma muy contaminante como el “fracking” para el gas.

¿Cuál es la diferencia entre la propuesta ecologista y la que proviene de la UE?

En primer lugar porque se pretende imponer, a los países tutelados, unas condiciones de estabilidad que conducen a la recesión pero como una medida provisional. El enfoque, más bien la fe, del neoliberalismo busca la reducción del déficit y de la deuda de los estados, confiando en que luego volverán a crecer. Es decir, no se niega el postulado del crecimiento como indispensable para el funcionamiento del sistema. En realidad lo que se busca y se está consiguiendo, es el abaratamiento del coste del trabajo, para que las empresas sean más competitivas y el Capital aumente su ganancia. De paso se está liquidando el Estado de bienestar, haciendo innecesarios nuevos ingresos fiscales y aumentando los negocios privados a costa del gasto público, como en el paso de las deudas de bancos y cajas de ahorro al Estado, o en la privatización de parte de la sanidad.

La otra perspectiva, la socialdemócrata keynesiana, pretende que el Estado aumente la demanda e impulse el crecimiento. Desgraciadamente, cada uno de los países tutelados, como España, tienen deudas con los bancos alemanes y con el mercado financiero mundial, que ya sólo prestan fondos a un interés que está llevando a los Estados a la depresión. Así que los socialdemócratas sólo pueden lamentarlo y pedir que la Unión, vía el permiso alemán, tire de la demanda. Aunque de momento esto no se produce y la recesión ya está afectando a toda la Unión y frenando el crecimiento de la economía alemana. Por lo tanto, es posible que próximamente la política económica vaya virando para parecerse más a la practicada por Obama.

En resumidas cuentas, ambas orientaciones nos llevan a un camino incompatible con la sostenibilidad de la vida del hombre sobre la Tierra. El agotamiento de los combustibles fósiles, de los materiales estratégicos y los efectos del cambio climático, auguran un futuro muy oscuro para la humanidad.

El avance de las tesis ecologistas depende más de la dificultad de ponerlas en práctica, que de su veracidad y aceptabilidad. Muchos pueden convenir en que esta sociedad de consumo es insostenible, pero buscarán distintas racionalizaciones para no hacer nada. Se confiará en nuevos descubrimientos científico técnicos o hasta en la emigración fuera de la Tierra como propugna Hawking.

Hacer que la economía global no crezca, decreciendo unos para que puedan crecer otros, va contra la dinámica del sistema. ¿Cómo puede mantenerse un sistema capitalista sin crecimiento? ¿Cómo frenar el consumo de objetos? ¿Cómo dejar de hipotecar el presente por el futuro?

La situación ha llevado a pensar que sólo puede conseguirse una sociedad sostenible a través de formas políticas dictatoriales. Si se pretende avanzar hacia un modelo de sociedades ecológicamente sostenibles, hay que convencer a la mayoría de la po-

blación. Hay que añadir a las propuestas de reconversión la de una democracia radical. Es decir, que las mayorías acepten cambiar su presente sin un coste elevado, cambiar sus deseos sin perjudicar su bienestar.

Hay que pedir al pensamiento ecologista que explique si es posible repartir los ingresos, reducir las desigualdades, distribuir el trabajo reduciendo la jornada. Si es posible que decreciendo se mantengan los bienes básicos, la salud, la educación, la vivienda y el cuidado de las personas dependientes. Si es posible desplazar el deseo de los objetos a las personas, preferir lo personal cualitativo frente a la acumulación del objeto-mercancía. Es necesario mostrar los pasos que ya pueden darse, para que en un proceso largo se salga de este sistema a uno que sea sostenible. Es necesario empezar a dar pasos con la participación del mayor número de ciudadanos. Si no se consigue presentar como viable esta transformación, no se podrá realizar el cambio. En este periodo de crisis es cuando hay que lanzar un programa alternativo que enlace con las preocupaciones de los ciudadanos.

Desgraciadamente no hay partidos políticos mayoritarios que mantengan estas posiciones, sólo algunos minoritarios mantienen algunas propuestas ecologistas. Además el sistema de partidos está en crisis en toda Europa, pero en España el descrédito de los partidos y de sus direcciones les incapacita para impulsar un cambio profundo, más en estos momentos en que están implicados en la corrupción.

Este descrédito también alcanza a los sindicatos, que todo lo más pueden impulsar luchas sectoriales y dependen demasiado del Estado.

Sin embargo, ya los movimientos sociales pueden estar comenzando esta tarea. El viejo topo se rejuvenece y crea galerías que pueden producir un derrumbe y una sustitución. Movimientos como el 15 M o de tipo Occupy plantean un método, que es más importante que sus objetivos. Se impugnan a las élites de partidos y sindicatos que están insertos en el mantenimiento del sis-

tema, se rechazan las jerarquías y el funcionamiento vertical de las instituciones, se impulsa una democracia de participación personal.

Los movimientos contra los desahucios, por la defensa de la sanidad pública, de la enseñanza, afirman que estos son derechos que tienen que conservarse independientemente de la reducción del gasto y de las políticas económicas. Las luchas de la sanidad en Madrid han conseguido la unión de todos los sectores profesionales junto a los pacientes (es decir, de toda la población), han superado las diferencias sociales e ideológicas. Los sectores en lucha han pasado de considerar la sanidad pública como un servicio, a considerarla propia, la poseemos entre todos, pertenece a el “común” de la población. Igualmente hay que señalar en esta línea, las ayudas en grupo, el aumento de la sensibilidad hacia las condiciones de vida de los otros. Los movimientos parciales se reconocen en un horizonte común, defender los bienes de existencia mínimos, rechazar las pseudoexplicaciones de los poderes y proponer formas de participación activas. Es un cambio de mentalidad que ya debe dirigirse hacia un cambio más profundo. Hay que conseguir conquistas parciales en esta larga marcha.

No basta saber hacia donde hay que ir, el modelo final, hace falta presentar el camino como posible e impulsar los movimientos que nos conduzcan en esa dirección.